

RECENSIONES

Casquete, Jesús, *El culto a los mártires nazis. Alemania 1920-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2020, 379p. ISBN: 978-84-9181946-2. 22€ 

LISTADO DE SIGLAS. INTRODUCCIÓN. I. TOTALITARISMOS Y HOMBRE NUEVO. 1. Una pasión uniformizadora, o una *política de la sinécdoque*. 2. Parcialidad estatal. 3. El estudio del totalitarismo: ¿Un cómo sin para qué? 4. *Emocracia*, propaganda y mentira en el nacionalsocialismo. 5. Martirio en la propaganda nazi. II. «UN PUÑO SANO Y AMOR A LA PATRIA EN EL CORAZÓN»: LAS TROPAS DE ASALTO NAZIS. 1. Alemania tras el final de la Primera Guerra Mundial: una herida mal cerrada. 2. Múnich, «El Dorado» ultranacionalista. 3. De la «Sección gimnástica y deportiva» a las «Tropas de Asalto» del NSDAP. 4. Misión de las SA. 5. Disponibilidad biográfica de los miembros de las SA. 6. Machismo en uniforme. 7. Vampirismo simbólico nazi. Excursos: *Ringvereine* y SA: diferencias y... analogías. III. EL TROQUEL MARTIRIAL NAZI. 1. El triunfo de la fe. 2. Contextos desencadenantes de la violencia (y del martirio). 3. La violencia política en cifras. 4. Solo donde hay tumbas hay resurrección, o una filosofía del desastre productivo. 5. Lugares de memoria y mártires. CONCLUSIONES. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA. ÍNDICE ONOMÁSTICO.

No es habitual encontrar en la historiografía española textos como el que presenta el profesor Casquete. Se trata de un ejemplo de historia del pensamiento político contemporáneo realizado sobre un caso que no está directamente relacionado con modelos o parámetros hispánicos y cuya construcción y elaboración parte de fuentes y referencias propias de otro país y lengua. Habitualmente, la historia contemporánea realizada a este lado del Pirineo que se asomaba más allá de esa divisoria montañosa, lo hacía para buscar elementos que sirvieran para respaldar o contrastar asuntos internos, o a lo sumo atendiendo a esas miradas impertinentes a las que se prestaba una concentrada atención. No ha sido frecuente, sin embargo, estudiar a un «otro» que nada tuviera que ver con el tradicional «nosotros». Pueden buscarse razones para explicar el ensimismamiento, como el retraso en la incorporación de las novedades teóricas y metodológicas, o el escaso desarrollo de estudios sobre el tiempo posterior a la gran revolución de 1789, que solo empezaron a despuntar a partir de mediados del siglo pasado. Incluso se podría atribuir a un sistema de enseñanza en el que el aprendizaje de otros idiomas siempre era una asignatura pendiente. Mientras, se asistía a la presencia de hispanistas de múltiples procedencias que mostraban cómo se podía hacer historia de un marco nacional ajeno, aportando además avances y un mejor conocimiento del pasado peninsular.

Este libro es una investigación realizada a partir de fuentes originales con voluntad de aportar novedades sobre un tema en el que, aparentemente, todo parecía estar dicho. Es evidente que no es así, porque el libro añade nuevos campos de reflexión en un tema largamente estudiado, porque, como señala el autor, «para comprender la versión alemana del totalitarismo hay que empaparse de sus fuentes originales» (p. 23).



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

En sus páginas pueden resaltarse dos elementos centrales, uno referido al pasado y otro al presente, aunque en ambos casos sus consecuencias interpelen directamente no solo al historiador, sino también al ciudadano. Comenzando por este último, está la alusión explícita, en las conclusiones, al paralelismo entre el modo de actuar de la maquinaria propagandística nazi y los actuales populismos, tratando de mostrar cómo el conocimiento de los modos de actuación del pasado puede llevarnos a entender y actuar frente a comportamientos que, si bien no son equiparables, los elementos en común entre pasado y presente deben hacernos precavidos sobre sus consecuencias. Señala en la p. 331: «La pulsión populista e invasiva del movimiento nacionalsocialista por apropiarse de la categoría de pueblo y excluir del ámbito de obligación moral a una parte de la población ofrece enseñanzas para la política y el orden de convivencia de nuestras sociedades en las que merece la pena abundar. El presente trabajo ha constituido una modesta aportación en esa dirección». Más allá de los tópicos sobre el uso y abuso de la propaganda por parte del nazismo, es evidente que los mecanismos dedicados a la persuasión y el convencimiento de esos años sentaron las bases para las *emocracias*, es decir, para el gobierno mediante la movilización de las emociones. Con el incremento de los medios de comunicación en estos primeros pasos del siglo XXI, el uso del sentimiento y la visceralidad han incrementado los recursos para una agitación de las pasiones que aumenta exponencialmente el riesgo de comportamientos totalitarios. Sin llegar a consideraciones apocalípticas, mirar al pasado con un ojo puesto en el presente, como nos invita este libro, no deja de ser un saludable objetivo en el que la racionalidad, tan cuestionada, se convierta en guía para la reflexión, es decir, para la crítica, es decir, para el pensamiento.

Queda el segundo elemento, el referido al pasado. Se trata de algo que menciona en uno de los títulos de epígrafe: «para qué». Y ese para qué se refiere no a un juicio moral, sino a una actitud crítica: ¿para qué el totalitarismo nazi? ¿cuál era su objetivo? ¿qué pretendía crear o construir? Y la respuesta radica en el proyecto del hombre nuevo, es decir, en la antropología subyacente al futuro en construcción, un objetivo que no acaba de apreciar en los principales estudios sobre el totalitarismo —Arendt, Friedrich-Brzezinski, Aron, Curtis, Linz, Schapiro, Traverso, Forti, o Gentile—, que revisa con detenimiento para resaltar la necesidad de insistir en cómo se llevó a cabo ese intento y, por tanto, en la importancia de los mártires como instrumento para ello. En buena medida, «los mártires son tales cuando una comunidad de memoria determinada los glorifica y eleva al altar nacional, lo cual implica como correlato que pierden su condición tan pronto esa misma comunidad deja de perpetuar su memoria y los relega al olvido» (p. 297). En definitiva, la figura del mártir sería una construcción cultural articulada en torno a cuatro perfiles: organicismo —subordinación del individuo al todo social—, binarismo —dicotomías absolutas, en torno al eje bien-mal—, imperfección —constatar la distancia entre la corrupción del presente y la perfección futura— y ductilidad —aunque imperfecto, el ser humano se puede moldear y reconducir, tanto individualmente como en la colectividad— (pp. 31-40). En la puesta en marcha de esta caracterización del nuevo hombre alemán quedan de lado la tolerancia, el pluralismo, el respeto, la política democrática y la razón, contravalores negativos en la percepción que defendieron de lo humano.

RECENSIONES

De ahí la enorme importancia del conjunto de mártires del nazismo, por constituir el modelo sobre el que forjar el nuevo hombre nazi, por reunir en estas figuras los rasgos centrales del nuevo constructo. Esta elaboración partió de la movilización de uno de los conjuntos de sentimientos más activos, el de los vinculados a la muerte. Solo así se entiende que los nazis consiguieran levantar a una gran parte de la sociedad alemana, que no era una receptora pasiva de mensajes de odio, sino activa participante en el proceso, como mostraron Sönke Neitzel y Harald Welzer en su análisis sobre las escuchas a los prisioneros alemanes en la II Guerra Mundial (2011). Los seguidores de Hitler trajeron a la ciudadanía alemana «porque verbalizaron (y alimentaron) sin edulcorantes resentimientos y pasiones ampliamente arraigados en ella» (p. 17). Valía para ello la mentira, la tergiversación, la ocultación y cuantos mecanismos pudieran aportar refuerzos al objetivo final, construir un «nuevo hombre» alemán. Y uno de esos elementos, y no el menor, fue la violencia, en íntima conexión con la política de la muerte en la que tanto papel jugaban los mártires (sobre todo de las SA), como sus agentes activos y como los receptores de la misma en el camino hacia la glorificación.

Todo ello implicó la necesidad de construir un relato, un troquel sobre el que ahormar las vidas, y, sobre todo, las muertes, de quienes se convirtieron en seguidores «fanáticos» del nazismo, los más caracterizados de los cuales fueron los mártires, es decir, «la sangre derramada en aras de su proyecto palingenésico» (p. 73). Y ese relato es el protagonista de la última parte del libro, donde se identifican los rasgos comunes a la retórica martirial del nazismo, instrumento de enorme utilidad para la movilización y la creación de una identidad comunitaria. Argumentos como la recuperación de la calle, por supuesto mediante el uso sistemático de la violencia, se convirtieron en altavoces de una propuesta política que atrajo cada vez más seguidores en un ambiente de profunda crisis: «La conquista nazi de la calle vino acompañada por la conquista emocional de la población, de sus corazones» (p. 239), para lo cual figuras como Horst Wessel, Herbert Norikus, Walter Fischer, Albert Leo Schlageter y tantos otros, que el nazismo empleó insistentemente como elementos de propaganda capaces de movilizar emociones intensas en públicos cada vez mejor predispuestos.

Pero incluso más allá de estos dos argumentos, resultan de especial interés sus reflexiones sobre el totalitarismo, al que define, weberianamente, como «un tipo ideal para referirse a aquella forma de dominación que lamina el pluralismo intrínseco a toda sociedad por medio del ejercicio discrecional de la violencia o, lo que viene a ser lo mismo en sus consecuencias, de la amenaza crónica y plausible de su ejercicio. Con carácter previo y necesario al recurso a la violencia, los totalitarios señalan a sus enemigos internos, alimentan y movilizan el resentimiento y el odio, y exigen de sus súbditos y seguidores una obediencia y conformidad acríticas» (p. 27).

También resultan muy atractivas sus meditaciones sobre la propaganda, en el sentido más peyorativo del término, por la necesaria inclusión en él de la mentira y su uso y abuso sistemático mediante mecanismos bien estructurados y dispuestos —masas, y no élites, como receptoras; repetición sin fin; movilización de sentimientos; y afirmar no tanto la verdad como la conveniencia—. De hecho, considera que el elemento que distinguió a los nazis de otros grupos similares de su tiempo, lo que en definitiva le permitió asentarse y medrar, fue «su forma de difundir y hacer calar su proyecto en la opinión



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

pública» (p. 111), en la que el uso de la violencia fue primordial (pp. 123, 132ss.), hasta el punto de hablar de una guerra civil latente, como se refleja en las elevadas cifras de víctimas del período de Weimar (pp. 222-236).

Todo ello se canalizó a través de un grupo muy concreto de seguidores fanatizados, los integrantes de las SA, las tropas de asalto nazis, a las que ya ha dedicado el autor un libro previo. En este caso se estudia su desarrollo a través de las reacciones a los tratados de Versalles, y la crisis política y económica en espacios tan característicos como el Múnich al que caracteriza como «El Dorado» ultranacionalista. La configuración de una comunidad con una «Idea» conductora constantemente reforzada mediante rituales, canciones, principios y violencia, se situaría como elemento en el que se alimentaba la pertenencia, una identidad fuerte, una estética incluso, canalizada por los uniformes, y toda la simbología que contenían —propia, pero sobre todo ajena, vampirizada primordialmente de la izquierda—, desde el color —pardo—, a los complementos, insignias, banderas, fiestas y rituales, y la presencia-ausencia de armas según conviniese.

Esta voluntad de construir nuevos modelos fracasó en muchas ocasiones, condenando a sus impulsores al olvido, pero en el caso del nazismo pudo imponerse durante más de una década, en su propio lugar de origen, pero también en una parte considerable de Europa. Y ese proceso no puede entenderse únicamente por la acción de un sector reducido de la sociedad alemana, sino por su adopción en amplísimos sectores del mundo germano... y de gentes de Holanda, Noruega, Francia, Croacia y un largo etcétera. Tal vez una de las imágenes más impactantes de la película *Elser-Er hätte die Welt verändert* (13 minutos para matar a Hitler, 2015), basada en el atentado de Georg Elser de 1939, sea apreciar cómo fue cambiando la sociedad alemana en los años de crecimiento y consolidación del nazismo, y cómo fue abrazando de forma cada vez más fanática una ideología basada en la violencia y el adoctrinamiento. El libro del profesor Casquete se adentra en el proceso de banalización del mal que permitió que una sociedad presuntamente culta se convirtiera en partícipe entusiasta de algunas de las mayores aberraciones de la historia. Por más que la idea de la historia como *magistra vitae* sea solo un recurso retórico, no está de más asomarse a la inmensidad del abismo para percibir su aterradora profundidad, sobre todo si somos capaces de tender puentes que lo eviten.

Jesús Casquete es profesor de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad del País Vasco y *fellow* del Centro de Investigación sobre Antisemitismo de Berlín. Hizo estudios de posgrado en Ciencias Políticas en la New School for Social Research de Nueva York y ha sido profesor invitado en el Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung y en las universidades Humboldt de Berlín y Ludwig-Maximilian de Múnich. Doctor en Sociología y en Historia, es autor de *Política, cultura y movimientos sociales* (1998); *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva* (2006), *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical* (2009), *Berlin I. Mai. Un ritual político en el nuevo milenio* (2014), *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar* (2017).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra